CON EL URUGUAYO DANIEL VIGLIETTI EN PARIS

Quiero saber por qué no puedo cantar en España

JOSE MONLEON

VIVE en el piso alto de uno de los bloques periféricos de Paris, exactamente en Maire d’Ivy. Nos equívocamos de puerta y al timbrar sucede unos pasos cautelosos, la adivinada presencia de alguien que nos mira desde el comedor, mueble de cerrojos y el silencio. No, no debe ser siempre agradable vivir en París sin llevar en el rostro y en el aire la identidad francesa.

Damos al fin con la casa de Daniel Viglietti, uno de los millares de latinoamericanos que vinieron a Europa huyendo de la quema. Las dos consideradas democracias "ejemplares" del Cono Sur son hoy tierra áspera y caliente. Quienes allí cantaban la libertad andan ahora, en el mejor de los casos, disminuidos por el mundo. El uruguayo Viglietti es un ejemplo. Y cuando nos ponemos a hablar —en la habitación luminosa donde trabaja, junto a las fotografías de sus amigos, entre carteles y magnétófonos—, por vivir yo en Madrid, lo primero que sale es la historia de su recital en el Monumental y la prohibición con que actualmente tropiezan todos sus intentos de volver a cantar en España.

Pequeña historia de una prohibición

—Es importante aclarar lo sucedido. En la difícil España de hoy una serie de nombres siguen manejándose con el criterio de épocas anteriores. El hecho de que durante tantos años la prensa haya estado tan controlada y cualquier artista independiente juzgado como un peligro social, ha generado una serie de imágenes equivocadas, que van desde el desmesurado recelo con que un sector de la pequeña burguesía contemple a tales artistas al igualmente desmesurado cariño con que otros sectores demócratas les confieren. El artista prohibido se convierte en un mito. Separamos, pues, exactamente lo que te pasó en España.

—Lo que sucedió, me parecía, escasa importancia, aunque algunos, quizás por eso que tú dices, aquí se hayan empeorado después en darle trascendencia. Me presenté en el Monumental, en el año setenta y cuatro, con un recital ajus
tado a las normas vigentes en España. O sea, habiendo presentado antes todos los textos a censurarse, con la sorpresa de ver que algunas canciones autorizadas en Barcelo
na eran prohibidas en Madrid, o viceversa. Cumplí estrictamente el programa, que se desarrolló ante un público numeroso y de un modo ordenado, sin que se produjera en la sala ningún tipo de incidente. Concluido el recital, como de costumbre, me reuní con periodistas y amigos, entre los que había algunos uruguayos, en el camarín y, cuando nos disponíamos a salir, alguien me avisó de que a fuerza del teatro se había producido una pequeña manifestación. Decidimos esperar hasta ver el resultado, y cuando, un rato después, cruzábamos la plaza para salir del teatro, oímos ciertos gritos de sorpresa porque algunos funcionarios de Policía, vestidos de paisano, habían entrado en el Monumental. Al llegar nuestro grupo al vestíbulo, el jefe de los policías, que ya había dialogado antes con el empresario del teatro y con el director de los discos, preguntó por el cantante. Quería saber si durante el recital yo había usado la palabra libertad, cosa que también me pareció sorprendente y no exenta de humor. Mi respuesta fue muy breve, porque más que ponerme a revisar la cantidad de veces que la palabra libertad podía estar dicha o sugerida en mi repertorio, le expliqué que yo había cumplido el trámite administrativo de la obra y esperado escrupulosamente sus resultados. El funcionario volvió a su coche, consultó evidentemente a sus superiores y regresó para decirnos que también nosotros debíamos acompañarle a la Dirección General de Seguridad. Y digo "también" porque muchos de los manifestantes, cuya cifra establecieron los periódicos entre doscientas y trescientas personas, habían sido ya trasladados a la citada Dirección General. Nos llevaron en un coche al editor de discos, al gerente del teatro y a mí, y, tras una larga espera, simplemente nos pidieron el documento de identidad y anotaron el número. Terminado esto, nos quedamos tranquilos y conformes, en el sentido de uve, con respecto a nuestra situación, había quedado claro que éramos ajenos a lo sucedido fuera del teatro. Pero al día siguiente, muy temprano, vino a buscarme un nuevo funcionario diciéndome que tenían que hacerme unas preguntas. Giraron en torno a cuáles eran mis opiniones políticas, si había sido detenido alguna vez y, sobre todo, si tenía conocimiento previo de esa manifestación, de la cual, por supuesto, no sabía absolutamente nada. Tras el interrogatorio, me retiraron el pasaporte y me dijeron que volviera por el veinticuatro horas más tarde; me presenté con el que pasó a ser mi abogado, Gregorio Peces Barba, y me devolvieron el pasaporte con la actitud amable de un "aqui no ha pasado nada". Incluso pregunté: "Podía trasladarme a Barcelona para hacer una gestión en la casa de discos, y me contestaron que no había ningún problema y que podía viajar hasta el lugar que quisiera de España. Así que me fui a Barcelona y salí normalmente del país, cosa que conviene subrayar, porque en un periódico apareció la noticia de que yo había salido apresuradamente, dando una idea del hecho cercana a la expulsión totalmente falsa. No hubo expulsión alguna ni constancia de ningún tipo en el pasaporte. Pasado cierto tiempo, Edisa decidió editar mi disco "Trópicos" y convocó una rueda de prensa, enterándose con tal motivo de que estaba prohibida mi entrada en España. De entonces a hoy, periódicamente, y en diversas ocasiones, hemos hecho gestiones para arreglar el problema, sin que, hasta la fecha, hayamos obtenido resultados positivos. Lo último ha sido una carta que yo mandé al Consulado de España en París, que supongo habrá sido reexpedida a la Dirección General de Seguridad, en la que yo pido que se me aclaren las razones por las que no puedo ir a un país donde me gustaría desarrollar parte de mi carrera artística (dar recitales, grabar más discos) y, consiguientemente, reanudar la relación con un público que es muy importante para mí y para el que quizás pueda servir de algo lo que yo hago.

Los compromisos de un cantante

—¿Qué fue, antes de venirse a Europa, tu labor artística y tu significación política?

—Siempre me consideré autodidacta. Pero yo recuerdo la definición que hizo de mí un gran escritor, Mario Benedetti, al decir que mi casa no era la de un militante y, mucho menos, el de un héroe, pero tampoco el de un marginado de la realidad de su país y de su pueblo. Creo que no he estado en París de un movimiento cultural que, durante los años sesenta y comienzos de los setenta, expresó el desderrumbe de una democracia considerada ejemplar hasta entonces en América Latina y la necesidad sentida por muchos de sustituir el viejo sistema por algo más igualitario, se llamará como se llamará. Se trata de una rebelión, bien conocida por los países, que pasó también por la canción. Esta dejó de ser un simple elemento de distracción, tal como había sucedido hasta el año sesenta, y se transformó en una herramienta de opinión, opinión diversa,
mento de saber que su patria era atacada, tomó un puesto en la lucha... Yo respeto todo eso y no lo eludo. Simplemente, constante que mi vida, por una serie de razones y de circunstancias, ha sido la de un cantante comprometido con su pueblo a través de la canción y de una actitud cotidiana que trata de ser coherente, pero que no me ha llevado a tomar un fusil, a fabricar bombas o a esconder dinamita dentro del estuche de mi guitarra. Estoy acostumbrado, por lo demás, en las pocas experiencias con la represión, a que ese estuche lo revisen.

Los peligros del exilio

—El hecho de que una serie de cantantes latinoamericanos estén expulsados, llena de canciones y voces diferentes; una pregunta dramática, difícil de formular en tres palabras, quizá por eso expresada con tantas voces y tantas canciones. Es un "por qué" está ocurriendo lo que ocurre en América Latina; un "por qué" ocurrió lo de antes; un "por qué" las responsabilidades del mundo desarrollado frente a nosotros; un "por qué" la dificultad de volver a vivir una normalidad siquiera institucional; un "por qué" se siguen agregando dificultades a los exiliados de aquella situación. Es un "por qué" muy violento, y creo que las respuestas que estamos recibiendo tienen también diferentes niveles, siendo la respuesta más rica, la que más importa, la de la gente común que nos escucha en los diferentes países. En ese sentido existe también una diversidad que el chileno. La Dictadura uruguaya asesina, tortura, maneja las Policías paralelas, quedándose un poco a la sombra de toda la explosión de publicidad que significó lo ocurrido en Chile. Protegida por esa difusión, la Dictadura uruguaya opera con una cierta impunidad, publicitándose. De ahí que para los uruguayos sea muy particular nuestra relación con los pueblos europeos, porque significa que dan que no sólo el salto desde un mundo con las características culturales del desarrollo a otro como el agradecido chileno, sabiendo lo que allí ocurrió en la época de Allende, sino que tienen que dar un nuevo salto para entender que hay otra realidad igualmente dolorosa, con la consiguiente conclusión de que se trata de un problema prácticamente continental. Por lo demás, la respuesta no sólo es generosa, sino que también es crítica. Lo cual me parece muy bueno. No somos los representantes mecánicos de una tristeza lejana que hay que comprobar.

—Una característica general del exilio es la "fijación" en un tiempo pasado. El exiliado político es siempre un derrotado y su tendencia lógica es preguntarse continuamente por las causas de esa derrota y volver con la memoria a los días en que pudo evitarla. ¿Qué papel cumple, en este sentido, la canción latinoamericana? ¿Contribuye a reforzar la relación con un tiempo ya pasado (la etapa de Allende, por ejemplo) o será capaz también de testimoniar sobre los actuales problemas del exiliado, en el país y en el exterior, enfrentado con idiomas y tradiciones históricas que no son los suyos?

—No puedo leer el futuro, pero creo que es un objetivo a plantearse: el que la canción, sometida a estos fenómenos de desarticulación, de dispersión, tome de esos elementos nuevos trazos para su identidad. Y digo canción, pero también podría decir pueblo. Estamos sometidos a una serie de cambios ambientales, de enfrentamientos con realidades y mentalidades diferentes, que, en muchos sentidos, nos están engendrando. Tenemos que darnos cuenta de eso porque es un enriquecimiento mucho más silencioso que lo que el dolor es el dolor. Creo que nos vamos a transformar en la síntesis de muchos elementos desde el punto de vista cultural; no van a ser elementos sustitutivos, elementos que destruyen la cultura que sentímos como propia, sino aportes que no tenemos por qué condenar. No sé quiénes lograrán ni cómo se conseguirá esta síntesis, aunque entiendo que es un reto que vale las nuestras pesadas actuales.